

**LA GLOBALIZACION
COMO DISCURSO (*)**

Mustafa Koc

Universidad de Trent-Canadá

(*) Agradezco a Enzo Mingione sus valiosas sugerencias

Introducción

En los últimos años está de moda hablar de globalización, término utilizado incansablemente por los estudiosos, políticos y medios de comunicación. “La cosa de la globalización”, título apropiado de un artículo publicado en *Cornell Hotel & Restaurant Administration Quarterly*, se ha hecho sitio en la imaginación pública de la “realidad”. La globalización, entendida como “la intensificación de las relaciones sociales de ámbito mundial que vinculan localidades distantes de modo que los acontecimientos locales son configurados por otros ocurridos a muchas millas de distancia” (Giddens, 1990: 64), describe y explica así interdependencias e interrelaciones globales (Campanella, 1990: 4). Personas que habitan en localidades diferentes advierten que las condiciones sociales y económicas que les afectan tienen algo que ver con acontecimientos que tienen lugar en otras partes. En esta nueva era de conciencia global, se utiliza la causalidad externa como motivo o excusa de los problemas sociales y económicos y como justificación de medidas impopulares de austeridad y de cambios estructurales introducidos por diversos gobiernos. El desempleo, la inflación y la recesión se atribuyen a las condiciones económicas globales, y los altos tipos de interés, los recortes de la asistencia social, los despidos y las restricciones democráticas se presentan como medidas necesarias para afrontar los retos globales.

El término “globalidad”, recogido por vez primera en el Diccionario Webster en 1961, ha pasado rápidamente al esperanto global de conceptos ingleses populares adoptado por otros idiomas. En realidad, esta reciente popularidad del concepto no tiene tanto que ver con una mayor conciencia pública del proceso de globalización, como con el discurso neoconservador que caracteriza los programas públicos en diferentes partes del mundo desde el decenio de 1970 (Carroll, 1990; Gamble, 1988; Hall, 1988; Jessop y otros, 1990; Overbeek, 1990; Warnock, 1988; Whitaker, 1987). Al destacar el carácter discursivo de la “globalización”, no queremos dar a entender que se trate simplemente de un constructo imaginario, de un combinado retórico¹. Tan sólo subrayamos que abarca procesos históricos concretos y una interpretación ideológica selectiva de los mismos.

La globalización como proceso

A pesar de su reciente aparición en el vocabulario popular, la globalización no es un fenómeno nuevo. En cuanto proceso de expansión de las relaciones de intercambio, integración de los mercados nacionales y aparición de la división internacional del trabajo, la globalización ha sido un proceso activo desde el comienzo de la economía capitalista mundial. Autores anteriores han mostrado que la dinámica interna del capitalismo ha creado tendencias expansivas del proceso de acumulación sin respetar las limitaciones del espacio geográfico. Asimismo, la acumulación a escala mundial ha dado lugar a un sistema social y económico no limitado a las distintas sociedades organizadas como naciones-Estados. El mismo capitalismo, en palabras de Schumpeter, ha sido un fenómeno global, “tanto en sentido económico

¹ El discurso se define aquí como la articulación del lenguaje, las prácticas y las instituciones (Laclau y Mouffe, 1987).

como sociológico, esencialmente un solo proceso, con un ámbito que abarca toda la Tierra” (Bornschiefer y Stamm, 1990: 203)².

Fases de la expansión global

Aun reconociendo que la globalización es un proceso activo, hemos de recordar que la dinámica de la acumulación, los agentes de la expansión y sus adversarios no siempre han sido los mismos. En cada fase de desarrollo del capitalismo, diferentes “regímenes de acumulación” y “modos de regulación” han configurado las pautas de expansión (Aglietta, 1979; Lipietz, 1987, 1988)³. La dinámica de las distintas etapas del desarrollo capitalista o de los regímenes de acumulación no ha estado determinada simplemente por las leyes del movimiento específicas del proceso de acumulación. Antes bien, las condiciones de la acumulación han sido redefinidas y renegociadas continuamente por los distintos agentes socio-políticos a nivel nacional o internacional (Cox, 1987; Van der Pijl, 1984, 1989; Bryan, 1987).

Durante la fase mercantilista (1500-1800), el capital comercial comenzó a expansionarse a escala global a través de las

² Las características universalistas de este proceso se llevan a su extremo lógico en el análisis de Wallerstein del sistema mundial, en el que todos los particularismos se explican por la lógica del todo. Según señala Wallerstein, “el mundo moderno comprende una sola economía capitalista mundial, surgida en el siglo XVI y que sigue existiendo... Los Estados nacionales no son sociedades que tengan historias separadas y paralelas, sino partes de un todo... Para comprender las contradicciones internas de clase y las luchas políticas de un Estado concreto, hemos de situarlo primeramente en el marco de la economía mundial” (Wallerstein. 1979; 53).

³ En su crítica de la escuela regulacionista, Brenner y Glick (1991) afirman que los regulacionistas no tienen debidamente en cuenta los rasgos generales y distintivos del modo capitalista de producción. Aunque sus advertencias están justificadas hasta cierto punto, debemos mostrarnos cautos para no caer en la trampa economicista. El capital no se atiene a una lógica interna independiente de las luchas sociales y políticas.

compañías autorizadas por el Estado. La acumulación primitiva de capital en Europa occidental fue posible por el comercio, el saqueo colonial, el comercio de esclavos y el abandono de la agricultura campesina. Los territorios colonizados comenzaron a especializarse en la producción de bienes de consumo como el azúcar, el café, las especias y los tejidos para los ricos, o de artículos típicos del gran comercio, como salazones, pieles y posteriormente trigo y madera, mientras se producía la destrucción de las economías campesinas y pastoriles de subsistencia de Europa y el resto del mundo.

En la fase industrial (1800-1890), actuó como motor de la expansión global el capital industrial de Europa occidental. Un rasgo particularmente importante de esta fase del desarrollo capitalista fue el cambio del discurso económico dominante, que pasó del proteccionismo al librecomercio y la competencia. El triunfo de la clase manufacturera sobre los terratenientes y la burguesía mercantil en la lucha por la abolición de las prácticas comerciales restrictivas, como las Leyes de cereales, con la consiguiente disminución de los costes de producción, dio la victoria al librecomercio. Otra característica importante de esta fase fue la aparición del concepto de Estado y del nacionalismo. Al agrupar regiones y localidades diferentes “en una nación, con un solo gobierno, un solo código, un solo interés nacional de clase, una sola frontera y un solo arancel aduanero” (Marx, 1913: 18), la nación-Estado se convirtió en una institución configuradora de las condiciones de la acumulación y del conflicto de clases dentro de sus fronteras, y garante de la soberanía y del dominio de las clases hegemónicas/dominantes a nivel internacional frente a las subordinadas.

El sistema de nación-Estado ha representado un papel contradictorio en la globalización de la economía mundial. Mediante la regulación “universal”, ha introducido el concepto de normalización (por ejemplo, la institucionalización del tiempo y el calendario) y ha impuesto la aplicación de sus leyes y reglamentos dentro de sus fronteras geográficas (Robertson, 1990). Ha creado una nueva plataforma de legitimación para las negociaciones

entre clases/grupos sociales dominantes en diferentes espacios geográficos y esta plataforma internacional, a pesar de algunos grandes fracasos (p. ej., las guerras mundiales), ha dado lugar a la creación de determinadas reglas globales de comportamiento a través de los convenios internacionales (p. ej., el GATT) y ha abierto un campo a la actividad de instituciones supranacionales (p. ej., el Fondo Monetario Internacional)⁴. El deseo de crear una nueva identidad “ficticia” a base de diversos elementos étnicos del pasado ha inducido asimismo al Estado a introducir un concepto “universalista” de “nación” que ha influido poderosamente en la redefinición de las diferencias sociales. Aunque el nacionalismo ha representado un papel armonizador dentro de las naciones-Estados, a la vez ha suscitado una tendencia contradictoria de particularismo y ha contribuido a la fragmentación de la economía global.

La expansión del comercio mundial durante la fase industrial condujo al establecimiento de nuevos lazos más allá de las fronteras de los imperios/naciones-Estados. En este contexto, la agricultura de colonización y plantación de las colonias y de los antiguos Estados coloniales provocó una mayor especialización en los cultivos de exportación. En casos como el de Estados Unidos, donde la expansión agraria dispuso de mano de obra barata

⁴ Entre los mercantilistas (Krasner, 1985) y regulacionistas (Aglietta, 1979) hay cierta tendencia a exagerar la dimensión nacional, considerando la economía mundial como “un sistema de formaciones sociales nacionales que se influyen mutuamente” (Aglietta, 1982: 6). Aun cuando el papel de la nación-Estado en las sociedades modernas ha sido muy importante, “si las naciones-Estados se consideran agentes que mantienen conexiones mutuas y con otras organizaciones del campo internacional resulta difícil ocuparse de relaciones sociales que no sean entre Estados o fuera de los mismos, sino que simplemente pasan por encima de las fronteras estatales (Giddens, 1990: 67). Como algunas naciones-Estados del siglo xx sufren conflictos étnicos y religiosos o están surgiendo en ellas nuevas identidades sociales en torno a la religión o el regionalismo, la insistencia en la nación-Estado como la unidad de análisis da lugar a importantes limitaciones de nuestra comprensión de la dimensión política e ideológica de la globalización.

inmigrante, floreció la industria nacional. Con la destrucción de la economía de subsistencia, las poblaciones urbanas y rurales se convirtieron en un mercado expansivo para los productores de alimentos transformados.

La primera Gran Depresión, que se extendió de 1873 a 1890, marcó el fin de la fase competitiva industrial del capitalismo. En la fase monopolista siguiente, la concentración y centralización del capital condujo a la aparición de monopolios y cárteles. De la fusión del capital industrial y financiero surgieron oligarquías financieras. Este período se caracterizó asimismo por una nueva ola de expansión imperialista para asegurar la disponibilidad de materias primas y productos alimenticios baratos⁵. La expansión imperialista implicó una actividad militar y administrativa en gran escala de los Estados imperiales y de sus satélites coloniales, así como la exportación de capital en forma de inversiones de cartera y préstamos a interés.

Las tendencias contradictorias de globalización del mercado y de los factores de producción, por un lado, y de nacionalización de los intereses del capital, por otro, discurrieron paralelas. Al concentrarse y centralizarse los bloques nacionales de capital, se “fundieron” más estrechamente con el Estado, utilizando el poder militar de éste para competir con otros bloques nacionales de capital (McNally, 1991: 236). La creciente división territorial del mundo entre potencias imperiales y la consiguiente fragmentación de los mercados mundiales dio lugar a dos guerras mundiales durante el siglo xx.

⁵ Los historiadores cuestionan la hipótesis original de Lenin según la cual la escasez de materias primas fue uno de los motivos de la expansión imperialista. Fieldhouse (1972), por ejemplo, señala el papel de la necesidad psicológica en la aparición del imperialismo, lo que permite pensar que los motivos podrían no ser necesariamente reales en términos estructurales, sino reales porque los defensores del imperialismo creían que eran reales. Según dijo una vez W. I. Thomas, “si los hombres definen ciertas situaciones como reales, éstas producen consecuencias reales” (Merton, 1967: 19).

De la primera Guerra Mundial salió el primer Estado socialista excluido de la economía capitalista mundial que desafió ideológica y después militarmente la hegemonía de ésta. Fue en parte este reto ideológico, junto con las demandas de justicia económica por parte del pueblo trabajador y de regulación de los mercados por parte de los capitalistas (a raíz de la crisis del decenio de 1930), el que condujo a la aparición del Estado de bienestar liberal⁶. Este último, surgido inicialmente como una respuesta temporal a las crisis de acumulación y la legitimidad del Estado capitalista, se convirtió más tarde en la forma común en los países capitalistas avanzados. Su persistencia se debió en parte a su capacidad para ofrecer una alternativa al socialismo, dando una imagen de prosperidad e igualdad dentro de las sociedades capitalistas. Complementado con las instituciones de la negociación colectiva, las subvenciones y los contratos públicos, logró una paz relativa entre las clases sociales. Por otra parte, el Estado de bienestar encajaba muy bien en el sistema fordista dominante de acumulación basado en la producción y el consumo masivos. Los sectores bien remunerados del trabajo sindicado en el sector manufacturero, los agricultores, la burocracia estatal y los militares ofrecían un mercado muy atractivo a la industria fordista en el mundo capitalista avanzado. Además, una vez institucionalizado, el desmantelamiento del Estado de bienestar requería una intervención extraparlamentaria (es decir, regímenes militares) o la presentación de un nuevo discurso hegemónico. Hasta la crisis del decenio de 1970, en los países capitalistas avanzados no hubo necesidad económica ni posibilidad política de dicha intervención. En cambio, en los decenios siguientes el desmantelamiento del Estado de bienestar se ha convertido en uno de los axiomas del discurso neoconservador.

⁶ La alternativa conservadora autoritaria al Estado de bienestar fue el Estado fascista.

El final de la segunda Guerra Mundial significó el ocaso de los imperios coloniales y la división del mundo en dos bloques: Occidente, bajo el dominio económico e ideológico de Estados Unidos, y el Este, bajo el dominio de la URSS⁷. En Occidente hubo varios intentos, impulsados por Estados Unidos, de fijar las reglas del nuevo orden económico. Su primer fruto fue el convenio de Bretton Woods, de 1944, que llevó a la creación del Fondo Monetario Internacional y del Banco Mundial. Las iniciativas norteamericanas incluían también la creación de una Organización Internacional del Comercio (OIC) dentro del sistema de Naciones Unidas. En la Carta de La Habana se establecían medidas reguladoras de las prácticas comerciales restrictivas y se incluían disposiciones relativas al comercio internacional, los servicios y los movimientos de capitales. Al no conseguirse su ratificación, se adoptó una versión revisada de su capítulo IV, creándose en 1948 el Convenio General sobre Aranceles Aduaneros y Comercio (GATT). En términos generales, el GATT exigía a sus miembros el compromiso de no discriminar contra los demás en el comercio, y aplicaba multilateral y automáticamente la cláusula de nación más favorecida a todos ellos. Acogía asimismo principios que imponían una reducción general y gradual de los aranceles; una vez negociados éstos, sólo podrían modificarse con el consentimiento de los socios comerciales y con una compensación;

⁷ El intento de Cox (1987) y Van der Pijl (1984; 1989) de aplicar el concepto gramsciano de hegemonía a las relaciones internacionales es problemático. La hegemonía en sentido gramsciano implica una política de consenso y un compromiso de clase. La Pax Americana fue un “bloque de poder” bajo el dominio norteamericano. El consenso como apoyo de los gobiernos no implica hegemonía. El régimen iraní bajo el Sha fue un aliado poderoso de Estados Unidos, pero este país no fue un poder hegemónico para el pueblo de Irán. Ejemplos análogos pueden encontrarse en el mundo árabe durante la Guerra del Golfo.

debían suprimirse además las restricciones cuantitativas a las importaciones y exportaciones.

Aun cuando estas instituciones fijaban ya las reglas de comportamiento económico internacional, se adoptó un agresivo plan de ayuda económica para la reconstrucción de Europa y Japón. El Plan Marshall y los siguientes paquetes de ayuda a Taiwan y Corea del Sur respondían principalmente a los afanes expansionistas del capital público y privado de Estados Unidos y a los designios políticos e ideológicos de debilitamiento de la oposición socialista en Europa y Asia y de reforzamiento del cerco en torno a la URSS y China. También la idea del Mercado Común Europeo respondió en parte a las preocupaciones de seguridad derivadas de la Guerra Fría. La integración europea se consideraba una necesidad para la recuperación económica del capital europeo y encajaba bien en los intereses de las empresas transnacionales norteamericanas (Cocks, 1991).

Los motivos políticos e ideológicos dieron asimismo lugar a la aparición de la alianza de la OTAN, que desempeñó un importante papel en la prolongación del orden de la Guerra Fría. El ala militar de la OTAN estableció inicialmente un cerco, deseado pero peligroso, de seguridad contra el Este. El gasto militar creciente condujo, a su vez, a la aparición de un complejo militar-industrial, cuya vitalidad estuvo ligada a la prolongación de la Guerra Fría y a la venta de armamento al Tercer Mundo. La guerra ideológica contra la “amenaza exterior” se utilizó además contra la oposición interior de la izquierda y para debilitar el sindicalismo radical dentro de Occidente.

Respetando en general sus recíprocas esferas de intereses, los bloques compitieron asimismo por la ampliación de sus dominios ideológicos y económicos en otras partes del mundo. Acciones como la ayuda exterior estaban ligadas no sólo a preocupaciones económicas y humanitarias, sino también a intereses geopolíticos y estratégicos. Las tensiones derivadas de la reestructuración social y económica poscolonial en muchos países del Tercer Mundo fueron atizadas por los intereses estratégicos

de las superpotencias, produciéndose guerras civiles, levantamientos, intervenciones militares y guerras regionales. Aunque las superpotencias manipularon estos conflictos nacionales y regionales en apoyo de sus propios intereses, también los regímenes del Tercer Mundo utilizaron el conflicto de la Guerra Fría para imponer su gobierno, resolver sus conflictos fronterizos con los Estados vecinos, recibir ayuda militar y económica extranjera, y realizar prácticas de comercio preferencial.

La Guerra Fría dio lugar asimismo a una espiral de gasto militar creciente en la URSS y Estados Unidos, impidiendo hasta cierto punto su desarrollo económico. Mientras Alemania y Japón reconstruían sus economías con ayuda de Estados Unidos y evitaban costosos gastos militares, algunos de los sectores más dinámicos de la industria norteamericana se concentraron en el sector de armamento y perdieron gradualmente mercado en favor de fabricantes europeos y japoneses en muchas ramas de la industria.

Si la fase monopolista del capitalismo puede caracterizarse por la inversión de cartera, la fase iniciada al final de la segunda Guerra Mundial puede identificarse con la inversión directa a través de empresas transnacionales. Estas últimas, al extender sus inversiones a más de un país, han disfrutado de libertad de circulación en varios mercados de factores y de capacidad para practicar estrategias de acumulación globales. Su propiedad y control del conocimiento, y en concreto de los sistemas financieros, de marketing y organizativos, así como de las tecnologías de producción, les han permitido extender sus inversiones por todo el mundo y convertirse en uno de los agentes más dinámicos de la globalización.

La actividad global de las empresas transnacionales ha creado con frecuencia tensiones entre sus estrategias de acumulación y la política de desarrollo de las naciones-Estados. De hecho, han mantenido una relación bastante ambigua con éstas. A pesar de su poder económico e influencia política, las empresas transnacionales nunca han contado con la legitimidad del Estado pa-

ra coordinar programas económicos y sociales interiores y para comprometerse en la política y en el uso de la fuerza a los niveles nacional e internacional. Como las demás empresas, han pedido la intervención del Estado en la creación de un ambiente estable para la acumulación, la adopción de normas favorables a la actividad empresarial, un trato preferente en forma de subvenciones o ventajas fiscales, la creación de la infraestructura necesaria y la defensa de los intereses empresariales en los planos nacional e internacional. Por este motivo han tenido que conseguir el apoyo del Estado de origen (con frecuencia, una potencia económica) y la cooperación de los Estados en que operan sus filiales. En todo caso, dada la naturaleza conflictiva de la política nacional e internacional, han preferido siempre una intervención estatal mínima. Esta posición relativamente ambigua con respecto a la nación-Estado ha conducido a las empresas líderes a convertirse en destacados promotores de la alianza neoconservadora, y a abogar por un Estado desregulado, privatizado, miserable y privado de su política asistencial “excesiva” y de su nacionalismo.

El sector agrario y alimentario constituye un caso interesante para el estudio de las pautas y contradicciones del proceso de globalización. Mientras que en la fase inicial se configuró en respuesta a la expansión global de las relaciones comerciales, primero protagonizada por el capital mercantil y después por el expansionismo colonial e imperialista y la división internacional del trabajo, desde el final de la segunda Guerra Mundial ha sufrido un proceso de globalización muy desigual, por efecto de las empresas transnacionales. En cualquier caso, se trata de un proceso cuya estructura no responde tan sólo a las preocupaciones por la acumulación. Han influido también la geopolítica del régimen internacional de la Guerra Fría, el miedo al hambre y el deseo de cierto grado de autarquía en materia de alimentos, así como la influencia política del sector agrario y/o de los consumidores urbanos en la política electoral de los regímenes democráticos. Las subvenciones a la producción de alimentos y a la

agricultura se han mantenido a pesar de su enorme carga fiscal para el Estado. La agricultura sigue siendo una de las ramas más reguladas de la economía.

Paralelamente al discurso global, una de las principales propuestas de la Ronda de Uruguay de negociaciones del GATT ha sido la supresión de todas las barreras al comercio de productos agrarios. Aun cuando parece haber un acuerdo unánime al respecto, la agricultura continúa siendo el principal obstáculo en estas negociaciones. La negociación a nivel internacional refleja la complejidad de los diferentes intereses de clase en este sector. Mientras que el capital globalmente integrado y las ramas de la agricultura especializadas en los cultivos de exportación suelen preferir el librecomercio y la supresión unilateral de las subvenciones, se oponen al GATT los fabricantes de alimentos y los agricultores que producen para el mercado interior bajo medidas de gestión de la oferta y otras protectoras. Así se refleja en las propuestas, con frecuencia contradictorias, de los representantes nacionales en el GATT, que defienden el librecomercio para ciertos productos y, al mismo tiempo, las restricciones comerciales y las subvenciones para otros.

Limitaciones a la globalización de la mano de obra

A pesar de la creciente tendencia a la globalización de los mercados financieros y de bienes, este proceso ha sido parcial, ya que ha quedado fuera en gran parte la mano de obra (Amin, 1990: 15). Ligada al concepto de derechos de los ciudadanos, la movilidad plena y libre de la mano de obra se ha convertido en un privilegio que los ciudadanos sólo pueden disfrutar dentro de las fronteras geográficas de sus naciones-Estados. Si prescindimos de los movimientos demográficos durante las guerras y otros conflictos armados, la movilidad de la mano de obra a es-

cala global se ha limitado a la migración ilegal⁸ (mano de obra centroamericana en el sur de Estados Unidos), a la migración temporal regulada por los Estados (mano de obra del sur de Asia en Oriente Medio, trabajadores agrícolas en Canadá y trabajadores mediterráneos en Europa occidental) y a un número limitado de profesionales y técnicos de alto nivel. El paso más significativo hacia la globalización del mercado de trabajo ha sido la reciente supresión de restricciones a la circulación de los trabajadores en la Comunidad Europea. Sin embargo, aun esto se ha limitado a los nacionales de los Estados miembros, y algunos países de la CE están todavía tratando de regular la migración a través de sus fronteras nacionales (Widgren, 1990).

El hecho de que ciertos derechos y privilegios de la mano de obra se hallen ligados a la “nacionalidad” parece crear nuevas tensiones políticas en una economía global (Gamble, 1988; Miles, 1991). Al mismo tiempo que la globalización, como tendencia universalizadora, mitiga ciertos aspectos del nacionalismo, intensifica el sentimiento nacionalista. Sus efectos en las definiciones de la identidad (étnica o nacional) son muy variados. Entre las víctimas del desempleo o subempleo por motivos de “reconversión” y “racionalización” en los países industrializados, la globalización ha robustecido los movimientos populistas y nacionalistas, teñidos con tonos xenófobos y racistas. Análogamente, los intentos de mejora de la posición en la economía global han favorecido a movimientos nacionalistas o regionalistas separatistas dentro de las fronteras de naciones-Estados ya existentes. Analizando el auge del nacionalismo y fundamentalismo en muchas partes del mundo, Hall afirma que estos movimientos no deben verse como un simple “resurgimiento del pasado, sino

⁸ Aun en los casos en que el Estado la tolera e incluso la fomenta, la inmigración ilegal ha de verse como un caso especial de movilidad restringida de la mano de obra. La falta de derechos de ciudadanía convierte a esos trabajadores en subproletarios, robándoles el derecho a intervenir en contratos libres con el capital.

como reelaboraciones del mismo en las circunstancias presentes”, como una resistencia frente a la tendencia homogeneizadora de la “indiferencia de la globalización” (Hall, 1991: 18-19).

La globalización como discurso

Cuando la crisis del decenio de 1970 comenzó a conmover los cimientos del orden de la posguerra (o, más correctamente, de la posdepresión) en Occidente, se pusieron en duda los méritos del sistema fordista de acumulación, el modo nacional de regulación del mercado y el Estado keynesiano de bienestar (Clarke, 1990 a y b; Lipietz, 1988). Todavía es demasiado pronto para hablar de un sistema “posfordista” claramente definido de acumulación, pero muchos observadores coinciden en que los intentos recientes de reestructuración difieren del fordismo clásico (Holloway, 1988; Hall, 1991; Harvey, 1989; Murray, 1991; Rustin, 1989). La reestructuración incluye los siguientes fenómenos: “cambio a las nuevas ‘tecnologías de la información’; formas más flexibles y descentralizadas del proceso laboral y de la organización del trabajo; declive de la antigua base industrial y crecimiento de industrias ‘nacientes’ basadas en la informática; contratación externa o subcontratación de determinadas funciones y servicios; mayor atención a la selección y diferenciación del producto, a la comercialización, envasado y diseño, a la ‘objetivización’ de los consumidores según sus estilos de vida, gustos y cultura, y no las categorías de clase social; expansión de los trabajadores de servicios y no manuales y ‘feminización’ de la población activa; una economía dominada por las multinacionales, con su nueva división internacional del trabajo y su mayor autonomía con respecto al control de la nación-Estado, y ‘globalización’ de los nuevos mercados financieros, ligados entre sí por la revolución de las comunicaciones” (Hall, 1991: 58).

Las respuestas a la crisis económica han hallado eco en los segmentos globalmente integrados de la empresa capitalista y de otras clases. El liderazgo neoconservador, que ha tenido como ejemplos más notables a Reagan en Estados Unidos y a Margaret Thatcher en el Reino Unido, ha ofrecido un paquete de reformas que incluye la privatización, desregulación, reestructuración económica y desmantelamiento del Estado de bienestar. El discurso neoconservador ha encontrado apoyo en ciertos políticos, empresarios, estudiosos e incluso figuras religiosas, todos los cuales coinciden en que la globalización ha sido inevitable y en que se requiere la reestructuración de la economía y la renegociación del estatuto social.

“La *realidad* es que ya no hay mercados nacionales o regionales: sólo hay mercados globales.”

Milton Fair, primer ejecutivo de Saskatchewan Wheat Pool (Fair, 1991: 121).

“Los fabricantes de Ontario *han de adaptarse* al nuevo mercado global *o morir*.”

Dennis Williams, primer ejecutivo de General Electric Canada (McCarthy, 1991).

“Cada vez más, la cooperación e interdependencia internacional dentro de la globalización se consideran *más seguras, más racionales* que una autonomía nacional excesiva. El fenómeno de la globalización refleja desde esta perspectiva una adaptación política más *madura* a la cada vez más compacta aldea global. La interdependencia, y no la independencia, y la cooperación se hallan en el corazón de esa adaptación” (Crookell y Morrison, 1990: 34)⁹.

Al poner los retos globales como excusa de su ataque contra el Estado de bienestar, la nueva derecha ha defendido medidas monetarias duras, una tributación regresiva, la reducción de los servicios

⁹ El cursiva es nuestra.

sociales, la desregulación y la privatización, con políticas y prácticas antisindicales. Estas políticas de alcance nacional han discurrido paralelamente a conexiones internacionales encaminadas a liberalizar el comercio y la circulación de capitales y servicios a través de las empresas supranacionales, de convenios bilaterales y multilaterales, de zonas francas y de zonas de librecambio.

La sensibilidad global ha exigido no sólo la intensificación de las conexiones económicas globales, sino también la adopción de medidas para la protección y aplicación de reglas “globales” de comportamiento acordes con la nueva ideología de la derecha. Así, en medio del declive económico, el gasto de millones de dólares en aventuras militares en las Malvinas, Granada, Panamá o el Golfo apenas ha encontrado oposición. La justificación retórica de todos esos acontecimientos es que “hemos” de adaptarnos a los retos de la competencia global y al mismo tiempo establecer principios económicos y políticos globales y asegurar su cumplimiento. Aun cuando estas dos ideas incluyen actitudes contradictorias de fatalismo y voluntarismo en relación con la inevitabilidad de la globalización, la falta de alternativas contrahegemónicas (debido a la crisis del socialismo y de la socialdemocracia) permite que la versión neoconservadora de la globalización se haya convertido en un discurso hegemónico¹⁰.

El carácter discursivo de la “globalización” no significa que sea simplemente un constructor imaginario del capital global y de la derecha neoconservadora. En cuanto discurso, la globalización ha sido algo más que un conjunto retórico. Aun cuando el proceso de globalización está activo desde los comienzos de la economía capitalista mundial, su imagen pública reciente ha sido reconstruida por la ideología neoconservadora desde mediados del decenio de 1970. En este ambiente, la globalización sur-

¹⁰ Sin duda, la política de la nueva derecha (thatcherismo, reaganismo) no ha sido muy popular entre la clase trabajadora y los pobres. Sin embargo, según Leys (1990: 127), “para que una ideología se convierta en hegemónica no es necesario que sea amada. Basta con que no tenga un rival serio”.

gió como un discurso, incluyendo procesos históricos concretos y una interpretación ideológica selectiva de los mismos.

El proceso de globalización se ha presentado en forma de distribución desigual de condiciones de riqueza y pobreza entre diferentes clases sociales, grupos étnicos, regiones y naciones de todo el mundo; mediante la aparición de dependencias e interdependencias, y mediante la integración de economías regionales y nacionales en la economía mundial a través de la expansión del capitalismo a escala mundial por obra del capital transnacional y de las potencias imperialistas. Lo que ha aportado la nueva derecha ha sido una nueva interpretación de la inevitabilidad de este proceso y un paquete de soluciones a las crisis del Estado de bienestar, de la acumulación fordista y del orden internacional de la Guerra Fría. El discurso neoconservador no sólo defiende la libre circulación de bienes y servicios (y una movilidad restringida de la mano de obra) entre las fronteras nacionales, sino también la redefinición del temario social, de las condiciones de trabajo, de la producción y del consumo dentro de las fronteras nacionales y a nivel global. Detrás de la retórica relativa a la liberación del intervencionismo del Estado se halla el deseo de dismantelar todas las formas de intervención “desfavorables” y las políticas, programas e instituciones públicas que tratan de regular los mercados de factores a nivel nacional, como las leyes sobre salario mínimo, los sindicatos, las leyes de protección medioambiental, el seguro de desempleo, la medicina pública, las cámaras de comercio, la gestión de la oferta y las estructuras cooperativas.

La mediación en los conflictos surgidos en la economía global y la definición del temario social han sido realizadas y negociadas por las naciones-Estado y por los órganos supranacionales en un marco de lucha política nacional y negociaciones internacionales supeditado a la fuerza de los participantes. Por este motivo, la globalización ha distado de ser una operación suave. Ha estado teñida de contradicciones, reflejando las demandas contradictorias de las diferentes clases (o fracciones de clases) y Estados. No sorprende ver que en las negociaciones in-

ternacionales algunos de los participantes defiendan el librecomercio multilateral y a la vez traten de utilizar medidas proteccionistas para ciertas ramas de la economía.

Aun cuando la nación-Estado sigue siendo un agente importante en el campo internacional, las presiones de la economía global y las reglas y normas internacionales han limitado progresivamente su soberanía, han fijado restricciones para que pueda desmarcarse sin grandes sacrificios económicos y turbulencias políticas y han llevado a su debilitamiento gradual. Este último aspecto no implica una crisis categórica del Estado capitalista. De hecho, Gamble (1988) señala que el *thatcherismo*, a la vez que liberalizaba la economía, trató de restaurar la autoridad del Estado. Murray (1991) afirma que la política conservadora de Gran Bretaña pretendía reformar el Estado británico hasta convertirlo en un “Estado fordista” en sentido pleno, comprometido con los productos estándar, con la producción en gran escala, con las prácticas laborales tayloristas, y con una administración centralizada y altamente informatizada. El temario de la nueva derecha aspira de hecho a cambiar y reorientar el Estado, más bien que a desmantelarlo. “Pierden competencias los ministerios sociales, mientras que las ganan los de comercio y hacienda. Los ministerios económicos ampliados se vinculan al capital y a organismos extranjeros, y los reducidos, a la sociedad civil (nacional) (Friedman, 1991: 35). El Estado al que aspiran los neoconservadores pretende aumentar el poder del capital global forzando a las clases, grupos étnicos, sexos y regiones no privilegiados a vivir bajo una norma local estructurada globalmente.

En lugar de a la desaparición de la nación-Estado, asistimos a la descentralización de la regulación a nivel supraestatal, estatal y subestatal. A nivel global, instituciones supraestatales como el FMI, el Banco Mundial, la Comunidad Europea o convenios bilaterales como el NAFTA o el GATT definen y determinan las reglas globales de comportamiento. Estas decisiones son tomadas cada vez más fuera de los confines de la política nacional, en

entornos muy elitistas, por un grupo de expertos y negociadores, a menudo en congruencia ideológica con los intereses de las empresas transnacionales. En el extremo opuesto, a nivel local, los intentos de formaciones subestatales, como las administraciones provinciales o municipales, de hacerse con una cuota mayor de mercado han conducido a la aparición de desregulaciones locales y regionales aplicadas a través de disposiciones reglamentarias, incentivos y concesiones al capital transnacional. Según Soja (1989), la competencia cada vez mayor de las ciudades, las regiones y las naciones por la inversión ha agudizado la desigualdad del desarrollo.

A medida que la compleja división del trabajo derivada de la globalización de la producción y distribución ha expuesto tanto al capital como a los productores a la influencia de los mercados mundiales de bienes, los grupos sociales (mujeres, minorías, clase trabajadora, pobres) y las regiones más vulnerables han requerido con mayor frecuencia la intervención de la nación-Estado. Esta tendencia indica claramente las reacciones antagonistas ante la globalización. Mientras que ciertas fracciones del capital, como el capital financiero y el transnacional y las ramas de la agricultura orientadas a la exportación, defienden una potenciación de la integración, los empresarios de ámbito nacional, la pequeña burguesía, las ramas de la agricultura protegidas por la gestión de la oferta, los pequeños agricultores familiares y los trabajadores en general defienden medidas proteccionistas y estrategias de acumulación de ámbito nacional.

La conciencia pública de la globalización no ha sido configurada únicamente por el discurso neoconservador. La creciente movilidad del capital transnacional, las alianzas multinacionales y supranacionales emergentes, los tratados y las negociaciones han hecho que todos los países sean conscientes de los lazos globales¹¹. La mejora de la tecnología de información y comunica-

¹¹ Held señala que entre 1951 y 1984 el número de "organizaciones intergubernamentales" pasó de 123 a 365 y el de "organizaciones internacionales no gubernamentales" de 832 a 4.615 (Held, 1989).

ción ha facilitado la difusión de la información (los hechos y la interpretación). Imágenes de guerras, hambre, miseria, y problemas medioambientales han suscitado una nueva forma de “conciencia global”, de “preocupación” y de “deseo de hacer algo”. A pesar de sus limitaciones, los intentos de organismos no gubernamentales como Amnistía Internacional y Greenpeace, las donaciones a organismos supranacionales como la Cruz Roja y UNICEF y los proyectos de ayuda exterior de origen religioso y laico reflejan esta nueva sensibilidad. Por desgracia, a la vez que lleva la semilla del descontento, esta sensibilidad ha estado muy lejos de crear una contrahegemonía. El nacionalismo de los movimientos sindicales, el reduccionismo de clase de la izquierda tradicional y su lentitud en la incorporación de las preocupaciones de los nuevos movimientos sociales (es decir, el feminista, el ecologista, etc.) a su temario y la política de tema único de estos últimos grupos han obstaculizado la aparición de un discurso alternativo con vocación de éxito. En lugar de responder a los retos de la globalización, las alternativas se han limitado a desmarcarse del sistema mundial y/o del “intervencionismo estatal” (Geddes, 1988; Clarke, 1990b; McNally, 1991).

Conclusión

La globalización, en cuanto tendencia contradictoria de universalismo y particularismo, ha sido resultado de la expansión de las relaciones capitalistas de producción a todo el mundo. Por un lado, ha destruido particularismos y creado normas universales de producción y consumo y procesos sociales y políticos. Por otro, dada la naturaleza desigual de este proceso, ha creado asimismo nuevos particularismos que se suman a los ya existentes. La inevitabilidad de este proceso ha sido “determinada”, no por sus propias leyes de movimiento, sino por los momentos históricos sociopolíticos. En otras palabras, ni la globalización ni la

fragmentación o sus consecuencias son destinos predeterminados, inevitables. Por este motivo, ha de rechazarse la definición neoconservadora de la globalización como un sino inevitable que exija la renegociación de la “carta social” y su insistencia en una nueva división internacional del trabajo de acuerdo con los principios del mercado.

Este reto exige una respuesta global, no nacional. Querámoslo o no, “la economía mundial está hoy tan plenamente integrada a escala transfronteriza que ya no es posible una estrategia nacional capitalista autónoma” (Radice, 1984: 113). En lugar de defender el Estado de bienestar ignorando su condición clasista, hemos de buscar un “nuevo orden mundial”, reglas internacionales hegemónicas de comportamiento social, político y económico (respetando los particularismos) que pongan coto a la desigualdad del desarrollo. En lugar de ser un destino penoso que haya de sufrir todo el mundo bajo el liderazgo del capital global, la globalización ha de contemplarse como el reconocimiento de la sensibilidad global, el reconocimiento de que compartimos el mundo, los mismos recursos, y que hemos de exigir por tanto una relación responsable y cuidadosa entre los miembros de la comunidad mundial.

“El mundo capitalista ya no es sólo una ‘economía mundial’: es asimismo un espacio de comunicaciones mundiales unificadas y monopolizadas en el que potencialmente todas las poblaciones son de alguna manera inmediatamente ‘visibles’ y se hallan en contacto entre sí. Este mundo nunca ha existido antes” (Balibar, 1991: 14). La aparición de formaciones más amplias que la nación-Estado, la expansión de formas de comunicación e interacción internacionales y la consciencia de que vivimos en un planeta pequeño y somos cada vez más interdependientes crean nuevas posibilidades e instrumentos para una visión alternativa de la sociedad global.

Bibliografía

- Aglietta, Michel (1982) "World Capitalism in the Eighties", *New Left Review*, 136.
- Aglietta, Michel (1979) *A Theory of Capitalist Regulation*. Londres: New Left Books.
- Amin, Samir, G. Arrighi, A.G. Frank e I. Wallerstein (1990) *Transforming the Revolution: Social Movements and the World-System*. Nueva York: Monthly Review Press.
- Anderson, Benedict (1983) *Imagined Communities: Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*. Londres: Verso.
- Balibar, Etienne (1991) "Es Gibt Keinen Staat in Europa: Racism and Politics in Europe Today", *New Left Review*, 186.
- Black, Errol (1992) "Learning to Live with Capitalism", *Canadian Dimension*. 26(3).
- Bornschieer, Volker, y Hanspeter Stamm (1990) "Transnational Corporations", *Current Sociology*, 38(2/3).
- Brenner, Robert, y Mark Glick (1991) "The Regulation Approach: Theory and History", *New Left Review*, 188.
- Bryan, Richard (1987) "The State and the Internationalization of Capital: An Approach to Analysis", *Journal of Contemporary Asia*, 17(3).
- Campanella, M. L. (1990) "Globalization: Process and Interpretations", *World Futures*, 30.
- Carroll, William K. (1990) "Restructuring Capital, Reorganizing Consent: Gramsci, Political Economy, and Canada", *The Canadian Review of Sociology and Anthropology*, 27 (3).
- Chase-Dunn, Christopher (1990) "The Limits of Hegemony: Capitalism and Global State Formation", en D. Rapkin (ed.), *World Leadership and Hegemony*. Boulder: Lynne Rienner Publishers.
- Clarke, Simon (1990a) "New Utopias for Old: Fordist Dreams and Post-Fordist Fantasies", *Capital and Class*, 42.
- Clarke, Simon (1990b) "The Crisis of Fordism or the Crisis of Social Democracy", *Telos*, 83.

- Cocks, Peter (1991) "Towards a Marxist Theory of European Integration", en Jeffrey A. Frieden y David A. Lake (eds.), *International Political Economy*. Nueva York: St. Martin's Press.
- Cox, Robert W. (1987) *Production, Power, and World Order*. Nueva York: Columbia University Press.
- Crookel, Harold, y Allen Morrison (1990) "Subsidiary Strategy in a Free Trade Environment", *Business Quarterly*, 55(2): 33-39.
- Fair, Milton (1991) "Doing Business in Agriculture", *Business Quarterly*, 56(1): 119-123.
- Fieldhouse, D. K. (1972) "Imperialism: An Historiographic Revision", en K.E. Boulding y T. Mukerjee (eds.), *Economic Imperialism*. Ann Arbor: The Univ. of Michigan Press.
- Friedmann, Harriet (1991) "New Wines, New Bottles: Regulation of Capital on a World Scale", *Studies in Political Economy*, 36.
- Friedmann, Harriet (1990) "Rethinking Capitalism and Hierarchy", *Review: A Journal of the Fernand Braudel Center*, 13(2).
- Friedmann, Harriet (1990) "The Origins of Third World Food Dependence", en Henry Bernstein y cols. (eds.), *The Food Question: Profits Versus People*. Nueva York: Monthly Review Press.
- Friedmann, Harriet, y McMichael, Philip (1989) "Agriculture and the State System, The Rise and Decline of National Agricultures, 1870 to the Present", *Sociologia Ruralis*, 29(2).
- Gamble, Andrew (1988) *The Free Economy and the Strong State: The Politics of Thatcherism*. Basingstoke: Macmillan.
- Geddes, Mike (1988) "The Capitalist State and the Local Economy: 'Restructuring for Labour' and Beyond", *Capital and Class*, 35.
- Giddens, Anthony (1990) *The Consequences of Modernity*. Stanford, Ca.: Stanford University Press.

- Gill, Stephen (1990) "Emerging Hegemony of Transnational Capital: Trilateralism and Global Order", en D. Rapkin (ed.), *World Leadership and Hegemony*. Boulder: Lynne Rienner Publishers.
- Gordon, David M. (1988) "Global Economy: New Edifice or Crumbling Foundations?", *New Left Review*, 168.
- Hall, Stuart (1991) "Brave New World", *Socialist Review*, 21(1).
- Hall, Stuart (1991) "Europe's Other Self", *Marxism Today*, agosto.
- Hall, Stuart (1988) *The Hard Road to Renewal: Thatcherism and the Crisis of the Left*. Londres: Verso.
- Harvey, David (1989) *The Condition of Postmodernity*. Cambridge, MA: Basil Blackwell.
- Harvey, David (1991) "Flexibility: Threat or Opportunity", *Socialist Review*, 21(1).
- Held, David (1989) "The Decline of the Nation State", en Stuart Hall and Martin Jacques (eds.), *New Times: Changing Face of Politics in the 1990s*. Londres: Lawrence and Wishart.
- Jessop, Bob, Kevin Bonnett y Simon Bromley (1990) "Farewell to Thatcherism? Neo-Liberalism and 'New Times'", *New Left Review*, 179.
- Krasner, Stephen D. (1985) *Structural Conflict: The Third World Against Global Liberalism*. Berkely: University of California Press.
- Koc, Mustafa (1988) "Towards a North American Continental Market", *Rural Sociologist*, 8(2).
- Laclau, Ernesto, y Chantal Mouffe (1987) "Post-Marxism without Apologies", *New Left Review*, 166.
- Leys, Colin (1990) "Still a Question of Hegemony", *New Left Review*, 181.
- Lipietz, Alain (1988) "Accumulation, Crises, and Ways Out: Some Methodological Reflections on the Concept of 'Regulation'", *International Journal of Political Economy*, 18(2).
- Lipietz, Alain (1987) *Miracles and Mirages: The Crises of Global Fordism*. Londres: Verso.

- Marx, Karl (1913) *The Communist Manifesto*. Chicago: Charles H. Kerr & Company.
- McCarthy, Shawn (1991) "Adapt or Die, Canadian Branch Plants Warned", *Toronto Star*, 8 octubre 1991.
- McMichael, Philip (1987) "State Formation and the Construction of the World Market", *Political Power and Social Theory*, 6.
- McNally, David (1991) "Beyond Nationalism, Beyond Protectionism: Labour and Canada-US Free Trade Agreement", *Capital and Class*, 43.
- Merton, Robert K. (1967) *On Theoretical Sociology*. Nueva York: The Free Press.
- Miles, Robert (1991) "Immigration, Racism and the Nation State." Presentado en la Conferencia sobre "Inmigración, racismo y multiculturalismo: el decenio de 1990 y después", en la Universidad de Saskatchewan, Saskatoon, Canadá, 22-23 marzo 1991.
- Murray, Robin (1991) "The State after Henry", *Marxism Today*, mayo.
- Overbeek, Henk (1989) *Global Capitalism and National Decline*. Londres: Unwin and Hyman.
- Panitch, Leo (1987) "Capitalist Restructuring and Labour Strategies", *Studies in Political Economy*, 24.
- Radice, Hugo (1984) "The National Economy: A Keynesian Myth?", *Capital and Class*, 22.
- Rapkin, David P. (1990) "The Contested Concept of Hegemonic Leadership", en D. Rapkin (ed.), *World Leadership and Hegemony*. Boulder: Lynne Rienner Publishers.
- Robertson, Roland (1990) "After Nostalgia? Willful Nostalgia and the Phases of Globalization", en Bryan S. Turner (ed.), *Theories of Modernity and Postmodernity*. Newbury Park, CA: Sage.
- Ruccio, David (1989) "Fordism on a World Scale: International Dimensions of Regulation", *Review of Radical Political Economics*, 21(4).

- Rustin, Michael (1989) "The Politics of Post-Fordism: or The Trouble with 'New Times'", *New Left Review*, 175.
- Soja, Edward (1989) *Posmodern Geographics*. Londres: Verso.
- Van der Pijl, Kees (1989) "Ruling Classes, Hegemony, and the State System", *International Journal of Political Economy*, 19(3).
- Van der Pijl, Kees (1984) *The Making of an Atlantic Ruling Class*. Londres: Verso.
- Warnock: John W. (1988) *Free Trade and the New Right Agenda*. Vancouver: New Star Books.
- Whitaker, Reg (1987) "Neo-Conservatism and the State", en Ralph Miliband, Leo Panitch y John Saville (eds.), *Socialist Register 1987*. Londres: Merlin Press.
- Widgren, Jonas (1990) "International Migration and Regional Stability", *International Affairs*, 66(4).